



HACER EL MUNDO UN POCO MEJOR

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 10 9 de diciembre de 2012

En el siglo XVII Europa sufrió un auténtico cambio que se ha ido consolidando en una mentalidad según la cual el progreso humano es sólo obra de la ciencia y de la técnica. Las dos grandes ideas fundamentales de la modernidad, **la razón y la libertad**, se han separado de Dios para llegar a ser autónomas y cooperar en la construcción del **“reino del hombre”**, contrapuesto al **reino de Dios**. Se ha difundido una concepción materialista, que se alimenta de la esperanza de que al cambiar los aspectos puramente humanos como son las estructuras económicas y políticas, se pueda edificar finalmente una sociedad justa, donde reine la paz, la libertad y la igualdad. Este proceso, que no carece de valores y de razones históricas, contiene sin embargo **un error de fondo**: el hombre **NO ES SÓLO** producto de determinadas condiciones económicas o sociales; **SIN PRINCIPIOS ÉTICOS**, la economía, la ciencia, la técnica y la política pueden utilizarse —como de hecho ha sucedido y como por desgracia sigue sucediendo— no para el bien sino para el mal de las personas y de la humanidad.



La sociedad contemporánea sufre un proceso de fragmentación por culpa de un modo de pensar que por su naturaleza tiene una visión reducida, porque descuida completamente **el horizonte de la verdad, de la verdad sobre Dios y sobre nosotros**. Por su naturaleza, el **RELATIVISMO** no es capaz de ver el cuadro en su totalidad. Ignora los principios mismos que nos hacen capaces de vivir y de crecer en la unidad, en el orden y en la armonía.

La motivación fundamental de todos los creyentes en Cristo no es el éxito, **SINO EL BIEN, un bien que es tanto más auténtico cuanto más se comparte, y que no consiste principalmente en el tener o en el poder, SINO EN EL SER**. Así se edifica la ciudad de Dios con los hombres, una ciudad que crece desde la tierra y a la vez desciende del cielo, porque se desarrolla con el encuentro y la colaboración entre los hombres y Dios

Seguir a Cristo implica además **un esfuerzo constante** por contribuir a la edificación **DE UNA SOCIEDAD MÁS JUSTA Y SOLIDARIA**, donde todos puedan gozar de los bienes de la tierra. Los jóvenes, en especial, corren el riesgo de ser engañados por la fascinación de la cultura laica moderna. Pero, como muchas de las grandes y pequeñas esperanzas puramente humanas que a primera vista parecen prometer mucho, resultan ser falsas esperanzas, y trágicamente la desilusión a menudo conduce a la depresión y a la desesperación, incluso al suicidio. Si la energía y el entusiasmo juvenil se orientan hacia el bien, sabiendo que al final del camino nos espera, nos aguarda Dios con su inmenso amor, esta orientación de la energía y del entusiasmo juvenil se verán premiados con la verdadera alegría, la

verdadera paz, y la auténtica satisfacción interior, al beneficiar de verdad a las gentes que nos rodean, a las personas con las que convivimos.

Para estar alegres no es necesario recurrir al alcohol y a sustancias estupefacientes. Puede predominar **la alegría de encontrar y descubrir juntos un mundo nuevo que construir, que edificar, más justo, más humano**. ¿Cómo no hacer una comparación con aquellas otras maneras de intentar divertirse que es buscar falsas alegrías, consumir experiencias degradantes que desembocan no raramente en tragedias desconcertantes?

La “evasión” es un producto típico de la llamada actualmente “sociedad del bienestar” que, para colmar un vacío interior y el aburrimiento que lo acompaña, induce a probar experiencias nuevas, más emocionantes, más “extremas”. Incluso las vacaciones corren así el riesgo de disiparse siguiendo en vano espejismos de placer. Pero de este modo **el espíritu no reposa, el corazón no experimenta alegría y no halla paz**, al contrario, termina por estar todavía más cansado y triste que antes.

La persona humana se regenera verdaderamente sólo en la relación con Dios, y a Dios se le encuentra aprendiendo a escuchar su voz en la quietud interior y en el silencio. El poder que Dios nos ha dado de ayudar a construir el mundo que nos rodea es ciertamente algo bueno. Si lo utilizamos de modo apropiado y responsable nos permite transformar la vida de la gente. Toda comunidad necesita buenos guías. Sin embargo, qué fuerte es la tentación de aferrarse al poder por sí mismo, buscando dominar a los otros. Esto significa transformar el poder en una falsa divinidad. En vez de dar la vida, trae la muerte.

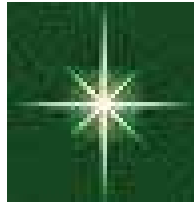
El culto a los bienes materiales, el culto al amor posesivo y el culto al poder, lleva a menudo a la gente a comportarse como si fueran dioses: intentan asumir el control total, sin prestar atención a la sabiduría y a los mandamientos que Dios nos ha dado a conocer. Este es el camino que lleva a la muerte. Por el contrario, adorar al único Dios verdadero significa reconocer en Él la fuente de toda bondad, confiarnos a Él, abrirnos al poder saludable de su gracia y obedecer sus mandamientos: este es el camino para elegir la vida.

La permisividad moral no hace feliz al hombre, Se debilitan, especialmente entre los jóvenes, los valores naturales y cristianos que dan significado a la vida diaria y forman parte de **una visión de la vida abierta a la esperanza**. Todo esto tiene como resultado nefasto la consolidación de tendencias **que subestiman el valor de la vida misma, para refugiarse en la transgresión, en la droga y en el alcohol**, que para algunos se han convertido en un rito habitual del fin de semana. **Incluso el amor corre el riesgo de reducirse a «simple objeto que se puede comprar y vender** y, más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía.

¡Qué importante es comprender el valor de la vida en una familia estable fundada en el matrimonio. Sólo así se puede consolidar la posibilidad de proyectar con confianza el futuro. **(Documentos de Benedicto XVI, JMJ)**

Fundamentos de nuestra Fe Cristiana: La Virgen María: Estrella de la Esperanza

La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos las estrellas que nos indican el rumbo. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Jesucristo es ciertamente el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y, ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza? Ella que con su «sí» abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; en el que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf Jn 1,14)?



El ángel de Dios entró en tu aposento y te dijo que darías a luz a Aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho «sí»: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Le 1,38). Pero junto con esta alegría conocías también las afirmaciones oscuras de los profetas sobre el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo. El anciano Simeón te habló de la espada que traspasaría tu corazón (cf Le 2,35), del signo de contradicción que tu Hijo sería en este mundo.

Has visto el poder creciente de la hostilidad en tomo a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, al Salvador del mundo, el Hijo de Dios. Recibiste entonces la palabra: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). A partir de la cruz te convertiste en madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo. La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: «No temas, María» (Le 1,30). ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: ¡No temáis!. Y a la hora de la traición, Él les dijo: «Tened valor: Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). «No tiemble vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14,27).

En la hora de Nazaret el ángel también te dijo: «Su Reino no tendrá fin» (Lc 1,33). En la mañana de Pascua, la alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón. El «reino» de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este «reino» comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su Reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino.

Benedicto XVI.- "La alegría de la fe"

Magisterio de la Iglesia: Declaración sobre la Libertad Religiosa (6)



NOCIÓN DE LIBERTAD RELIGIOSA (5)

7.- El derecho a la libertad en materia religiosa se ejerce en la sociedad humana; por ello, su uso está regulado por determinadas normas. En el uso de todas las libertades se debe observar **el principio moral de responsabilidad personal y social**: al ejercer sus derechos, los individuos y grupos sociales están obligados por la ley moral a tener en cuenta los derechos de los demás y sus deberes con relación a los otros y al bien común de todos. Hay que actuar con todos justa y humanamente. Además, como la sociedad civil tiene el derecho de proteger contra los abusos que pueden producirse bajo el pretexto de libertad religiosa, corresponde principalmente al poder civil prestar esta protección.

Sin embargo, no debe hacer esto de modo arbitrario o favoreciendo injustamente a una parte, sino según las normas jurídicas, **conformes con el orden objetivo moral**, que exigen la tutela eficaz de estos derechos en favor de todos los ciudadanos y la pacífica armonización de éstos; el cuidado suficiente de esta honesta paz pública **que es la ordenada convivencia en la auténtica justicia y la necesaria custodia de la moralidad pública. Todo esto constituye una parte fundamental del bien común y está comprendido en la noción de orden público.**

Por lo demás, en la sociedad se debe respetar la norma de libertad total, según la cual debe reconocerse al hombre la libertad posible y no debe restringirse, a no ser que sea necesario y en la medida en que lo sea.

8.- Los hombres de nuestro tiempo están sometidos a presiones de todo tipo que los ponen en peligro de verse privados de su propia libertad de elección. Por otra parte, son muchos los que, bajo pretexto de libertad, parecen propensos a rechazar todo sometimiento y a menospreciar la debida obediencia. Por tanto, este Sínodo Vaticano exhorta a todos, **pero principalmente a aquellos que tienen a su cuidado la educación de los otros, a que se esfuercen por formar hombres que, respetando el orden moral, obedezcan a la autoridad legítima y amen la auténtica libertad**; es decir, **hombres que juzguen las cosas con criterio propio a la luz de la verdad**, dispongan sus actividades con sentido de responsabilidad y **se esfuercen en apoyar todo lo verdadero y justo**, asociándose de buena gana con los demás en su actividad.

Por consiguiente, la libertad religiosa debe servir y estar ordenada a que los hombres actúen con mayor responsabilidad en el cumplimiento de su deber en la vida social.